
Sentada en tiempo de confinamiento





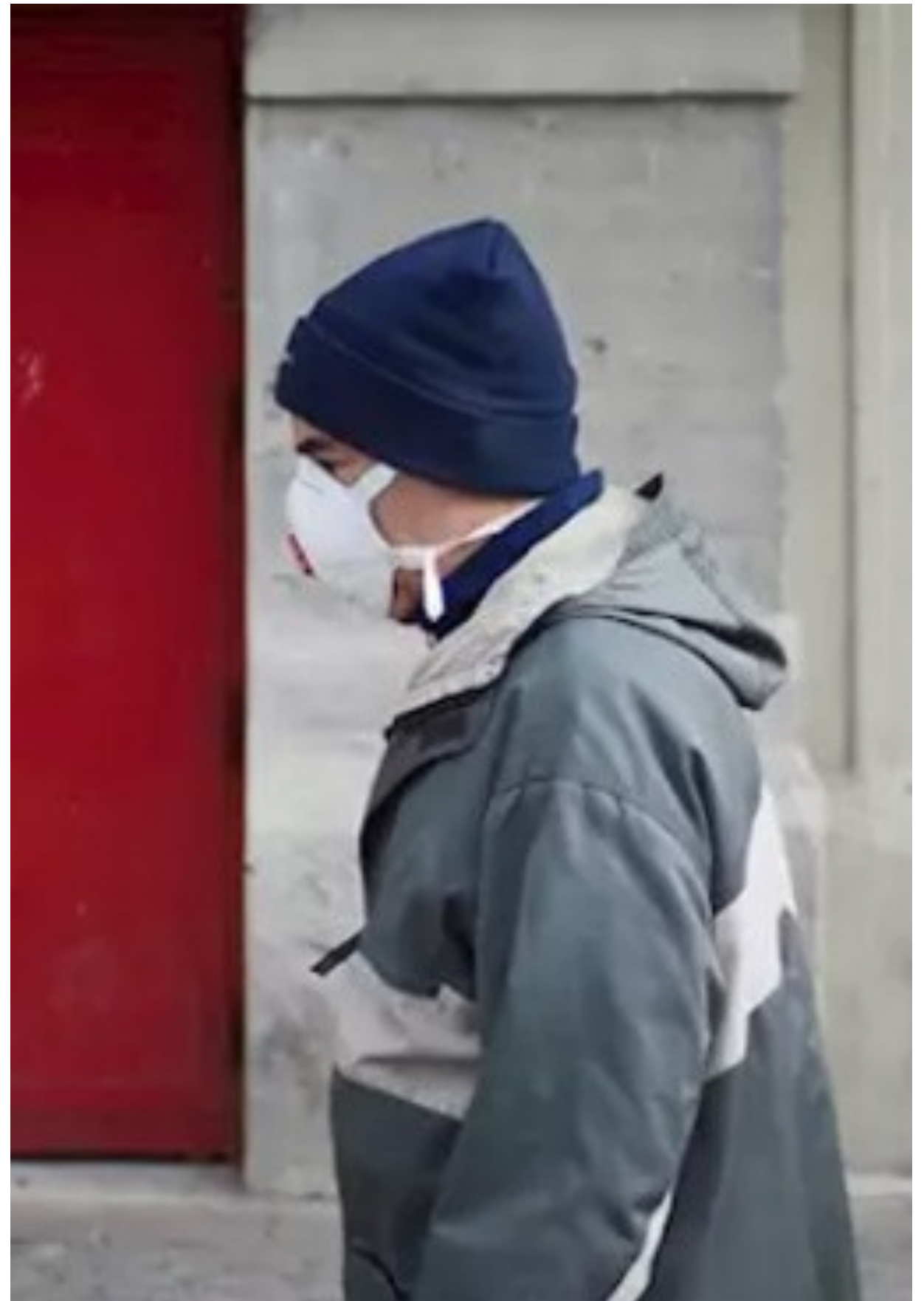
Oración al comienzo de la sentada

Cristo no tiene manos,
Tan solo cuenta con nuestras manos
Para realizar su trabajo hoy día.
Cristo no tiene pies,
Tan solo cuenta con nuestros pies
Para conducir a los hombres por su camino.
Cristo no tiene labios,
Tan solo cuenta con nuestros labios
Para hablar de Él a los hombres.
Cristo no tiene quien le ayude,
Tan solo cuenta con nuestra ayuda
Para poner a los hombres de su lado.
Nosotros somos la única Biblia que el pueblo aún lee.
Somos el último mensaje de Dios
Escrito en hechos y en palabras.

Reflexión

Estamos inmersos en unas circunstancias tan complicadas, hay tantas personas sufriendo por tan diversos motivos que es inevitable que intentemos buscar una explicación o como mínimo alguien a quien culpar.

Necesitamos un proceso de reflexión para darle un sentido cristiano a tanto dolor y para reconocer que todo lo que ocurre, aunque no lo aparente, siempre es para bien.



Lectura

“La cruz de Cristo ha cambiado el sentido del dolor y del sufrimiento humano. De todo sufrimiento, físico y moral. Ya no es un castigo, una maldición. Ha sido redimida en raíz desde que el Hijo de Dios la ha tomado sobre sí. ¿Cuál es la prueba más segura de que la bebida que alguien te ofrece no está envenenada? Es si él bebe delante de ti de la misma copa. Así lo ha hecho Dios: en la cruz ha bebido, delante del mundo, el cáliz del dolor hasta las heces. Así ha mostrado que éste no está envenenado, sino que hay una perla en el fondo de él.

Y no sólo el dolor de quien tiene la fe, sino de todo dolor humano. Él murió por todos. «Cuando yo sea levantado sobre la tierra —había dicho—, atraeré a todos a mí»

(Jn 12,32). ¡Todos, no sólo algunos! «Sufrir —escribía san Juan Pablo II desde su cama de hospital después del atentado— significa hacerse particularmente receptivos, especialmente abiertos a la acción de las fuerzas salvíficas de Dios ofrecidas a la humanidad en Cristo». Gracias



a la cruz de Cristo, el sufrimiento se ha convertido también, a su manera, en una especie de «sacramento universal de salvación» para el género humano.

¿Cuál es la luz que todo esto arroja sobre la situación dramática que está viviendo la humanidad? También aquí, más que a las causas, debemos mirar a los efectos. No sólo los negativos, cuyo triste parte escuchamos cada día, sino también los positivos que sólo una observación más atenta nos ayuda a captar. La pandemia del Coronavirus nos ha despertado bruscamente del peligro mayor que siempre han corrido los individuos y la humanidad: el del delirio de omnipotencia. Tenemos la ocasión —ha escrito un conocido Rabino judío— de celebrar este año un especial éxodo pascual, salir «del exilio de la conciencia». Ha bastado el más pequeño y deforme elemento de la naturaleza, un virus, para

para recordarnos que somos mortales, que la potencia militar y la tecnología no bastan para salvarnos. «El hombre en la prosperidad no comprende —dice un salmo de la Biblia—, es como los animales que perecen» (Sal 49,21). ¡Qué verdad es!

Mientras pintaba al fresco la catedral de San Pablo en Londres, el pintor James Thornhill, en un cierto momento, se sobrecogió con tanto entusiasmo por su fresco que, retrocediendo para verlo mejor, no se daba cuenta de que se iba a precipitar al vacío desde los andamios. Un asistente, horrorizado, comprendió que un grito de llamada sólo habría acelerado el desastre. Sin pensarlo dos veces, mojó un pincel en el color y lo arrojó en medio del fresco. El maestro, estupefacto, dio un salto hacia adelante. Su obra estaba comprometida, pero él estaba a salvo.

Así actúa a veces Dios con nosotros: trastorna nuestros proyectos y nuestra tranquilidad, para salvarnos del abismo que no vemos.

Pero atentos a no engañarnos. No es Dios quien ha arrojado el pincel sobre el fresco de nuestra orgullosa civilización tecnológica. ¡Dios es aliado nuestro, no del virus! «Tengo proyectos de paz, no de aflicción», nos dice él mismo en la Biblia (Jer 29,11). Si estos flagelos fueran castigos de Dios, no se explicaría por qué se abaten igual sobre buenos y malos, y por qué los pobres son los que

más sufren sus consecuencias. ¿Son ellos más pecadores que otros?

¡No! El que lloró un día por la muerte de Lázaro llora hoy por el flagelo que ha caído sobre la humanidad. Sí, Dios "sufre", como cada padre y cada madre. Cuando nos enteremos un día, nos avergonzaremos de todas las acusaciones que hicimos contra él en la vida. Dios participa en nuestro dolor para vencerlo. «Dios —escribe san Agustín—, siendo supremamente bueno, no permitiría jamás que cualquier mal existiera en sus obras, si no fuera lo suficientemente poderoso y bueno, para sacar del mal mismo el bien».

¿Acaso Dios Padre ha querido la muerte de su Hijo, para sacar un bien de ella? No, simplemente ha permitido que la libertad humana siguiera su curso, haciendo, sin embargo, que sirviera a su plan, no al de los hombres. Esto vale también para los males naturales como los terremotos y las pestes. Él no los suscita. Él ha dado también de la naturaleza una especie de libertad, cualitativamente diferente, sin duda, de la libertad moral del hombre, pero siempre una forma de libertad. Libertad de evolucionar según sus leyes de desarrollo. No ha creado el mundo como un reloj programado con antelación en cualquier mínimo movimiento suyo. Es lo que algunos llaman la casualidad, y que la Biblia, en cambio, llama «sabiduría de Dios».

El otro fruto positivo de la presente crisis sanitaria es el sentimiento de solidaridad. ¿Cuándo, en la memoria humana, los pueblos de todas las naciones se sintieron tan unidos, tan iguales, tan poco litigiosos, como en este momento de dolor? Nunca como ahora hemos percibido la verdad del grito de nuestro poeta: «¡Hombres, paz! Sobre la tierra postrada demasiado es el misterio» Nos hemos olvidado de los muros a construir. El virus no conoce fronteras. En un instante ha derribado todas las barreras y las distinciones: de raza, de religión, de censo, de poder. No debemos volver atrás cuando este momento haya pasado. Como nos ha exhortado el Santo Padre no debemos desaprovechar esta ocasión. No hagamos que tanto dolor, tantos muertos, tanto compromiso heroico por parte de los agentes sanitarios haya sido en vano.”

(Extraído de la homilía del Viernes Santo del 2020 del Padre Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Papal)

Para el diálogo

Frente al confinamiento, la distancia social, la alteración de nuestra vida tal y como la entendíamos hasta ahora, ¿cómo nos sentimos? ¿cómo nos está afectando? Expresar nuestros sentimientos es bueno para evitar roces, ¿lo hacemos? ¿hacemos saber al otro cuándo no estoy bien? Pedir perdón es fundamental para resolver malas actitudes fruto de la “excesiva convivencia”, ¿nos disculpamos cuando nuestro comportamiento no contribuye al buen clima familiar?

En circunstancias de dolor propio o ajeno, ¿buscamos a quién responsabilizar del mismo? ¿intentamos justificarlo? ¿nos alivia encontrar a un “culpable”?

Cada día nos llegan noticias de situaciones dramáticas vividas en nuestro entorno más o menos cercano, ¿somos capaces de descubrir algún efecto positivo en ellas? ¿cómo podemos sacar bien del mal existente?

Al hilo de lo expresado por el Padre Cantalamessa con relación a la libertad, ¿deducimos que la libertad que Dios nos concede es “condicional”? ¿puede la libertad ser perjudicial para el ser humano?

Nuestro matrimonio no puede permanecer ajeno a tantos cambios, ¿los estamos percibiendo? ¿podemos identificarlos? ¿compartís la reflexión de que “no debemos volver atrás cuando este momento haya pasado”?

